



El significado del 98

La fecha de 1898 ha sido calificada con los tonos más sombríos, a lo largo de su primer centenario: desastre, decadencia, fin del imperio, hundimiento de España... Prescindiendo de la retórica al uso, esta primera centuria de la pérdida ultramarina está siendo sometida a una revisión que pretende ser más objetiva con la distancia. Nuestro autor defiende que la inflexión histórica de España desde 1898 supuso una etapa positiva económica y políticamente, aunque negativa en su vertiente intelectual. A lo largo de estas páginas reviven nombres ilustres, tendencias como liberalismo y conservadurismo, democracia y regeneracionismo, hasta integrar en un tablero de ajedrez las piezas blanquinegras de una partida histórica llamada «98».

José María Marco*

VERGÜENZA, pesadilla, insensatez y terquedad, cinismo, falsedad, mentira y luego falta de pulso, sangre de horchata, raza semítica, país de eunucos y de afeminados, seres entre lo humano y lo animal, etnia distinta a la europea, cerebros pequeños, tierra secta y estéril, falta de agua, de oxígeno o incluso de ozono, nación moribunda, o

* Profesor en la Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

inexistente, hueca, falsa, sin construir, desviada de su destino, desparramada en empresas quijotescas y delirantes... La catarata que cayó sobre los pobres españoles después del 3 de julio de 1898 es de las que hacen época.

Entonces se acuñó la oposición de la España oficial con la España real. Por descontado, la España real, vital y pletórica de energía, era la de quienes protestaban y proponían un cambio de raíz, y la oficial, la de quienes se empeñaban en prolongar una situación agónica. Ésa sería la interpretación predominante en todo el siglo que entonces empezaba. Seguimos bajo su influencia, primero, por el prestigio de quienes la mantuvieron y, después, por su fecundidad: de hecho, sirve igual a izquierdas que a derechas, y todos se reconocen en la crítica de aquel régimen de sombras que fue la Restauración, en particular en los años que van de 1898 a 1923.

Joaquín Costa lo llamó «necrocracia», gobierno de cadáveres sobre un pueblo que no es libre ni quiere serlo, y que se alza en silencio, envuelto en una «tela querida, que fue símbolo y bandera de la patria y que no es ya más que un sudario» (1). Ortega imaginará una generación que abrió «los ojos de la curiosidad al tiempo de los fracasos» (2) y contempló entonces «los fantasmas de unos hombres sobre los cadáveres de unos campos, bajo la tutela pomposa del espectro de un Estado» (3). Y es que España, que no existe como nación, es «el nombre de una cosa que hay que hacer» (4).

Azaña, en 1911, habla de una generación que «está llegando ahora a la vida pública, que ha visto los males de la patria y ha sentido al verlos tanta vergüenza como indignación...» (5). Diez años después volverá a reflexionar sobre el 98 en *El jardín de los frailes*, un libro que pone en escena una alegoría, que es símbolo de la historia de España: la del hijo de una familia liberal educado en la ideología nacional católica por unos frailes ignorantes. Azaña fabulará así la Restauración canovista como la gran capitulación del liberalismo: el cierre de la etapa revolucionaria y la reinstauración de una forma apenas disimulada de Antiguo Régimen.

(1) Joaquín Costa: «La urna del Reina Cristina», publicado en *El Liberal y El País*, 21 abril 1903, en *Política quirúrgica*, Madrid, Biblioteca Costa, 1914, p. 122.

(2) José Ortega y Gasset: «Moralejas», publicado en *Helios*, diciembre 1903, cit. en Vicente Cacho Viu, «Ortega y el espíritu del 98», en *Repensar el noventa y ocho*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998, p. 127.

(3) J. Ortega y Gasset: «Los problemas nacionales y la juventud», en *OC*, XI, ed. cit., p. 106.

(4) J. Ortega y Gasset: «Competencia, I», publicado en *El Imparcial*, 22 agosto 1910, en *OC*, X, ed. cit., p. 229.

(5) Manuel Azaña: *El problema español*, facsímil, p. 1, en Vicente-Alberto Serrano y José María San Luciano ec., *Azaña*, Madrid, Edascal, 1980.

Para Azaña, la verdad del régimen de la Restauración queda patente cuando Primo de Rivera consigue hacerse con el poder. Lo curioso es que Primo de Rivera invoca argumentos idénticos a los de Azaña, y como él de raíz costista, aunque de signo político inverso. La Restauración no significa el fracaso del auténtico liberalismo, sino su triunfo, y como tal hay que romper con ella: «Ha llegado para nosotros el momento (...) de atender el clamoroso requerimiento de cuantos amando la Patria no ven para ella otra salvación que libertarla de los profesionales de la política, de los hombres que por una u otra razón nos ofrecen el cuadro de desdichas e inmoralidades que empezaron el año 98 y amenazan a España con un próximo fin trágico y deshonroso» (6).

Cuando caiga la Monarquía, Azaña volverá a una argumentación similar: ha sonado la hora del liberalismo «intransigente» y que la República es la ocasión de rectificar todo lo que en la realidad española hay de torcido. Y cuando Franco ponga punto final a la experiencia de la Segunda República, invocará la fecha del 98. *Raza* escenifica esta obsesión que nos devuelve a los cadáveres de Costa, con la escena primera del hundimiento de la escuadra española en Santiago de Cuba convertida en símbolo de un inmenso fracaso histórico. En la película, el desfile de la Victoria en Madrid, «lleno de toques de clarines y alegre volteo de campanas», significa la «revancha» de aquella vergüenza (7).

Otra historia

CABE otra interpretación: la de que la España irreal, el auténtico tablado de fantasmas, estaba formado por quienes se empeñaban en ser profetas de una catástrofe. La vital era todo el resto, incluida la clase política. Y es que la España del 98 no era la Francia del 70, y la derrota ante Estados Unidos no significó aquí, como significó allí la catástrofe de Sedán, el hundimiento del régimen. En el terreno político, la derrota de julio del 98 y el Tratado de París no provocaron la menor crisis, por mucho que con ellos se perdieron los últimos territorios del imperio hispánico y se terminara de forma poco gloriosa la aventura iniciada cuatro siglos atrás. Sagasta, que gobernaba desde octubre del 98 (sustituyendo a

(6) Miguel Primo de Rivera: «Al país y al Ejército españoles», 13 septiembre 1903, en María Carmen García Nieto *et al.*, *Crisis del sistema canovista*, Madrid, Gaudiana, 1972, p. 53.

(7) Francisco Franco (Jaime de Andrade), *Raza*, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1982, p. 196.

Azcárraga, presidente tras el asesinato de Cánovas), siguió a la cabeza del gobierno, aunque fuera con las Cortes cerradas entre junio del 98 y febrero del 99. Sagasta convocó elecciones en marzo de 1899 y dio paso al gabinete conservador de Francisco Silvela.

Las instituciones funcionaron bien, y se pusieron en marcha los cambios requeridos. Silvela era un liberal conservador que, a diferencia de Cánovas, pensaba que había llegado la hora de democratizar el régimen liberal. En Justicia colocó a Manuel Durán y Bas, jurista catalán influido por el recién nacido nacionalismo. El ministerio de la Guerra lo ocupó el general Polavieja, típico regeneracionista, empeñado en la reforma del ejército. Eduardo Dato se ocupó de Gobernación, desde donde impulsó la primera legislación social española. Y el ministerio de Hacienda lo ocupó Raimundo Fernández Villaverde, que saneó las cuentas públicas y pagó las deudas de guerra. Villaverde suprimió el déficit presupuestario, que no repuntaría hasta diez años después.

El gobierno de Silvela pecó no por falta de voluntad renovadora, sino de excesivo voluntarismo. Silvela era un intelectual, no poco pagado de sí mismo y de carácter algo flojo. Como en un gesto de gran efecto teatral, abrió todas las puertas del cambio y acabó sucumbiendo a las contradicciones. El regionalismo de Durán y Bas era excesivo para quienes tenían un recuerdo directo de la sublevación cantonal, a pesar de lo cual sentó las bases para un giro importante en la política catalana, que luego aprovecharían los nacionalistas. Los proyectos expansionistas de Polavieja chocaban además con la voluntad restrictiva de Villaverde, que también subió los impuestos y enfrentó a Silvela a sectores importantes de la economía española.

El dinamismo es aún más sorprendente porque Silvela sigue representando la vieja guardia de los políticos de la Restauración. La renovación generacional llegará después, cuando suba a la presidencia del Gobierno Antonio Maura, con la ambición declarada de renovar el consenso en el que se basaba el régimen. Pero eso no ocurrirá hasta 1903. En los cinco años que median entre 1898 y la llegada al gobierno de Maura no hay ni por un solo instante nada parecido a un vacío de poder, ni ruido de sables ni siquiera algaradas importantes. En 1902 subió al trono el joven Alfonso XIII, con lo que se cumplía definitivamente la transición.

En lo político el 98 no señala ningún desastre, sino la continuidad de las instituciones, con el matiz interesante de que los intentos de renovación se adelantan al cambio generacional. Si a esto se le quiere llamar marasmo y estancamiento, bien está. En el terreno económico el panorama es similar. Se ha cifrado el coste de la guerra en 3.500 millones de pesetas, un tercio del

Producto Interior Bruto español de un año de la época (8). Para financiarlo, los gobiernos recurrieron a los empréstitos con emisión de deuda pública. Todos fueron cubiertos por capitales españoles, y el mercado aceptó las exigencias del tesoro, lo que revela una alta confianza de los inversores en los futuros gobiernos.

En cuanto a la deuda pública tras la guerra, 11.500 millones de pesetas, su cotización en los mercados de capitales se mantuvo estable, con sólo dos caídas serias tras el hundimiento del Maine y la entrada en guerra de Estados Unidos, y luego con ocasión del Tratado de París. Evidentemente, los mercados habían descontado la derrota, con lo que cuando ésta se produjo de verdad, en julio, quedó sin efecto en el mercado financiero. El mercado se recupera pronto, y las medidas de Fernández Villaverde (reforma tributaria y equilibrio presupuestario, con superávit entre 1899 y 1909) permitieron que las medidas de conversión de la deuda con que se liquidó financieramente la guerra tuvieran un éxito notable. La nueva emisión de deuda del 1902 se hizo por suscripción pública, lo que constituye un test del grado de confianza de la opinión y de los inversores hacia el gobierno y de la confianza de los gobernantes en la disponibilidad de capital de la economía nacional. Se solicitaron 338 millones de pesetas y se obtuvieron más de mil, que es más o menos el gasto público de ese mismo año 1902.

La tasa de crecimiento anual medio del PIB sufre una recesión en 1895 y 1896 (al iniciarse la guerra), para luego aumentar entre 1897 y 1903. Entre 1890 y 1910, la media anual es de un crecimiento del 1,27 (9). La pérdida de mercados tras la derrota se compensó con los abiertos a partir de ahí, propiciados por la devaluación de la peseta. La balanza comercial hispanocubana presenta saldos más positivos para España entre 1899 y 1930 que en la época colonial. La peseta recuperó su cotización original y como la inflación se controló pronto, la situación facilitó un período muy brillante de inversión. Gracias al reingreso de capitales, en esos años se pusieron los cimientos de la moderna banca privada, con la fundación en 1901 del Banco Hispano Americano y en 1902 del Banco Español de Crédito. En resumen, que a principios de siglo había más dinero y por tanto más prosperidad en España de lo que se había visto nunca. Tampoco aquí aparece por ninguna parte el famoso desastre.

Punto más sujeto a discusión es el de la historia intelectual española. El 98 ha acabado por significar un punto de inflexión a partir del cual se inicia

(8) Jordi Maluquer de Motes: «Las consecuencias económicas de las guerras de 1898», en *Revista de Occidente*, n.º 202-203, pp. 264 y ss.

(9) Leandro Prados de la Escosura: *De imperio a nación. Crecimiento económico en España (1780-1930)*, Madrid, Alianza Universidad, 1993, p. 45.

la modernización y la europeización de la cultura española, como si ésta hubiera alcanzado una depresión letal a finales del siglo XIX. La pérdida de las últimas colonias significaría el punto más bajo de nuestro espíritu, consecuencia del aislamiento iniciado en el XVI, la «tibetanización» de la cultura española glosada por Unamuno y Ortega, o la «muralla china» de la que habló Valera.

Toda una escuela, que ha acabado escribiendo la historia oficial, ha tomado al pie de la letra las invectivas juveniles de los miembros de la generación del 98, algunos de ellos, como Azorín, arrepentidos más tarde de lo que entonces dijeron. Lo mismo se ha hecho con las truculentas declaraciones de la generación siguiente, la conocida como del 14, empeñados también, con un gesto característico del principio del siglo XX, en negar cualquier vigencia al legado decimonónico.

Hay que distinguir en este punto la renovación literaria y estilística de los noventayochistas, que crearon un nuevo idioma literario, sobrio, nervioso, en ruptura con la pesadez retórica de finales del XIX, de la crítica global a una tradición. No se debe descartar todo lo que en estas descalificaciones había de reivindicación generacional: que la lectura de Echegaray nos resulte hoy en día insoportable no quita que en su momento alcanzara un enorme éxito nacional e internacional, estrenando en Nueva York el mismo año de 1898, con considerable fastidio del joven Valle-Inclán.

Esta crítica habría debido ser reducida a su justo sentido, que es una combinación de envidia profesional y ganas de hacerse notar. Indica además que la ruptura estética del 98 se produce en terreno fértil, no en el erial que se ha pintado. El siglo XIX español participa de todas las preocupaciones de su tiempo, y en España hay excelentes representantes de las corrientes de la época, que en más de un caso aportan matices y propuestas originales. Desde el pensamiento contrarrevolucionario (con Donoso Cortés) hasta el liberalismo radical, pasando por el liberalismo templado o conservador (tal vez el más fecundo en ideas aunque el más desdichado en la práctica, con figuras como Larra, Pacheco, Nicomedes Pastor Díaz o Alcalá Galiano), la primera mitad del siglo XIX se había visto expuesta a todas las corrientes ideológicas de su tiempo.

Lo mismo ocurre en la segunda mitad, desde la literatura (ahí está la actualidad de la condesa de Pardo Bazán, Clarín, Valera o Galdós, o las aportaciones de Menéndez Pelayo), la teoría y el pensamiento político (Cánovas), la economía (Figuerola) el pensamiento religioso o incluso las ciencias (el propio Echegaray). El círculo intelectual de la Institución Libre de Enseñanza, heredera del krausismo, era una corriente más, en competencia

con otras varias, por mucho que se le haya concedido un protagonismo desmedido en la historia cultural española. La continuidad de la cultura española y su imbricación con la occidental de la época resultan tan evidentes que algún miembro de la generación del 14 verá incluso en el 98 y el regeneracionismo el primer paso del repliegue de los españoles en sí mismos.

La afirmación (de Azaña) resulta exagerada, pero responde a un estado de ánimo propiciado por la derrota del 98. En la tradición de la reflexión sobre las causas de la decadencia de España, se solía atribuir ésta al fabuloso derramarse de las energías españolas en una empresa imperial ajena al interés nacional. España se agotó en la aventura quijotesca y desmedida de la monarquía universal y católica. La derrota ante Estados Unidos, la nueva potencia imperial, es el último capítulo de esta ambición desmedida, el desear demasiado que Nietzsche nos atribuía.

Con el 98 llega el momento del repliegue. Ganivet parodia a San Agustín al proclamar que la verdad se halla en el interior de España, y Unamuno lanza su consigna de «¡Adentro!», tras la cual vendrá su reivindicación de lo hispánico como ajeno, y superior, a lo europeo. El «¡Que inventen ellos!» se habría quedado en una frase ingeniosa más, o en un motivo para hacer literatura de gran estilo y poca sustancia, si no fuera porque coincide con una corriente ideológica característica del fin de siglo.

En 1900 el escritor uruguayo José Enrique Rodó publica su ensayo *Ariel*, de tanta repercusión que incluso da nombre —el *ariélismo*— al noventa-yochismo hispanoamericano. Hasta entonces Estados Unidos había sido para el continente americano un ejemplo de libertad, democracia y prosperidad. La victoria en Santiago de Cuba marca el inicio de la desconfianza hacia el vecino del norte. A esta desconfianza le acompañan además la puesta en cuestión del sistema económico que sostiene el supuesto imperialismo norteamericano, que es el capitalismo. Con *Ariel*, Rodó dará categoría intelectual a los insultos —usureros, tocineros, sacramantecas— que los españoles del 98 dedicaban a los norteamericanos. Y es que frente al materialismo yanqui, frente a su sórdida y obsesiva persecución de los bienes materiales y del dinero, la cultura hispánica alzarán los valores eternos de la generosidad, el desprendimiento y el altruismo, todo ello arropado en el culto a la belleza transmitido directamente de la Hélade a la cultura hispánica.

Democracia y liberalismo

REPLIEGUE, regeneracionismo... a finales de siglo se acumulan los signos de una renovación de fondo. Pero el pano-

rama no es ni mucho menos negativo, como ya se ha dicho. No se trata de hacer de la Restauración un régimen idílico. Se conocen las desigualdades, la pobreza y la falta de oportunidades, que obligaban a muchos españoles a emigrar. La tasa de analfabetismo alcanzaba casi el 70 por 100, lo que dificultaba de raíz cualquier modernización de la sociedad española.

Las instituciones políticas carecían de legitimidad moral, al basarse en un sufragio universal en el nombre, pero sujeto a falsificaciones como el caciquismo, el encasillamiento previo y luego la aplicación perversa del artículo 29 de la ley electoral de Maura. Si se añade el sufrimiento de la guerra (con 40.000 muertos españoles) y la sensación de fracaso y humillación tras la euforia patriótica, resulta más fácil entender la mentalidad noventayochista.

Aun así, el fin de la guerra alivió a los más castigados por el conflicto (quienes no podían pagar la redención a metálico), y que esto explica la escasa conflictividad social, y la confianza de los españoles en sí mismos, puesta de relieve por el buen comportamiento de las instituciones y de los indicadores económicos. También cuenta un factor que el paso del tiempo ha borrado del todo. Nosotros imaginamos la Restauración como un régimen corrupto y estancado, pero los españoles contemporáneos, que no se hacían ninguna ilusión, la comparaban con los períodos precedentes, en particular con el Sexenio revolucionario de entre 1868 (derrocamiento de Isabel II) y 1873 (Primera República).

El siglo XIX español es, como en todo Occidente, el de las luchas por la libertad jurídica, económica y política. La particularidad española consiste en la existencia de una corriente contrarrevolucionaria y antiliberal muy fuerte, el llamado carlismo, que tuvo la paradójica virtud de obligar a las diversas familias de liberales (moderados y progresistas) a agruparse en torno a la heredera del trono y poner los fundamentos del Estado moderno, es decir liberal. Otra característica española, aunque ésta lo sea menos, es que la presión carlista no bastó en cambio para que, dentro del campo isabelino, las familias liberales llegaran a un acuerdo básico sobre el reparto o la alternancia en el poder. Esta situación de conflicto permanente se traduce en una inestabilidad perpetua, con el triunfo lógico de las soluciones de fuerza a cargo de caudillos militares. Entre semidictaduras progresistas (la de Espartero) o moderadas (la de Narváez), instauradas con el deliberado propósito de aniquilar políticamente y a veces físicamente al adversario, se suceden los motines y las algaradas.

La inestabilidad culmina justamente con el Sexenio revolucionario, cuya causa última es el desorden provocado por la permanente intervención de la reina Isabel II en el gobierno. Pero los gobernantes del Sexenio, en vez de

pacificar los ánimos y establecer instituciones ampliamente respaldadas por la opinión pública, acabarán abriendo un período de anarquía como no se recordaba desde 1808. Bajo la Primera República los españoles se enzarzan en la primera guerra de Cuba, una nueva intentona carlista y la sublevación cantonalista. El recuerdo de este trance y el juicio que a los españoles de finales de siglo les merecían los gobernantes de aquellos años son determinantes a la hora de comprender la solidez de la Restauración.

Y es que la Restauración no era simplemente la vuelta al trono de la dinastía borbónica, ni mucho menos la reinstauración de principios antiliberales propios del Antiguo Régimen. La Restauración fue un intento deliberado de establecer un régimen liberal y parlamentario sobre nuevas bases de consenso, inexistentes en el siglo XIX. Las seguridades jurídicas, la libertad de opinión (prácticamente absoluta y no igualada hasta 1978) y de asociación (con la aparición de sindicatos y partidos socialistas), la tolerancia religiosa y, a partir de 1890, el sufragio universal, demuestran las enormes posibilidades que encerraba aquel régimen en el que Cánovas, heredero del liberalismo templado del reinado de Isabel II (minoritario siempre, excepto con la Unión Liberal), volvía a los principios doctrinarios: soberanía compartida entre la Corona y la nación representada en las Cortes, y alternancia pacífica en el poder de dos grandes partidos que representaban a los sectores conservador y progresista de la sociedad española.

Fue este régimen el que se enfrentó a la prueba de la derrota del 98. La superó de sobra, pero la actualidad imponía un reto infinitamente más serio, en el que el régimen liberal acabaría encallado. Se trataba de la democratización del liberalismo y, como en años anteriores, tampoco en esto España se distinguía del resto del mundo occidental. Había llegado la hora de integrar en el gran edificio político liberal lo que los sociólogos de entonces llaman «multitudes». Hoy el movimiento parece casi natural, fruto como era de la prosperidad económica surgida al amparo de la libertad económica. No resultaba así entonces, y la democracia, al instaurar el principio de igualdad política, aparecía a muchos un peligro para las libertades conseguidas tras decenios de inestabilidad.

El proceso de democratización de los regímenes liberales resultó tan complejo que llegó a ser el problema político central del siglo XX. La transición pacífica se consiguió en pocos países, como Gran Bretaña y los Países Bajos. España, más que una excepción, está entre las muchas naciones (desde Alemania a Portugal y de Polonia a Francia) que no lograron encontrar una solución pacífica a la transición.

El problema reside más en las elites intelectuales y políticas que en

aquellas «multitudes», tan despreciadas por una minoría que empezaba a creer que su criterio era superior e infalible. Y es que en el conflicto entre democracia y liberalismo, buena parte de la elite no supo comprender que oponer democracia a liberalismo equivalía no sólo a minar las bases del liberalismo, sino también a dinamitar la democracia, a menos, claro está, que aceptemos la terminología de los autoritarios que lleva a calificar como democráticos a regímenes como los instaurados por Franco o por el socialismo real.

Tal vez sea injusto reprochar a nadie las opciones adoptadas en plena confusión, pero se reconocerá que también fueron bastantes los que supieron comprender lo que estaba en juego. Para volver al caso español, entre estos están, además del conjunto de la población, que no empezó a movilizarse hasta 1917 (salvo la llamarada de la Semana Trágica en 1909), una parte importante de la elite política: justamente, los herederos de la oligarquía política fundadora de la Restauración.

Después de la transición generacional, llega la hora de una nueva hornada de políticos, consciente de que su papel en la historia de España era la de democratizar el régimen liberal. Cánovas ya había confesado una vez que los hombres de su tiempo eran «los frutos tempranos de la democracia». Maura, presidente de Gobierno por segunda vez en 1907, será el encargado de hacer fructificar esa intuición. Su objetivo está claro: «restaurar» la Restauración, hacer conservadora la libertad, hacer realidad los derechos plasmados en la Constitución de 1876 pero no en la vida española: sufragio real, ciudadanía... participación, en una palabra.

Otro tanto se proponía Canalejas, a quien le corresponde, en el Partido Liberal, el mismo papel que a Maura desde el Conservador. Con Canalejas, además, el liberalismo español, reacio a cualquier ampliación de las competencias del Estado, incorpora las nuevas tendencias intervencionistas que en toda Europa llevan a hablar de *nuevo liberalismo*, preocupado por la igualdad y el bienestar social.

Los proyectos de Maura y de Canalejas se estrellarán contra los mismos obstáculos. El primero es el voto conservador, fundamentalmente católico, desconcertado y desconfiado ante el intento que se le proponía, aunque hasta 1923, aun los más conservadores no conciben otra legitimidad política que la derivada del parlamentarismo. El segundo es el monarca, mucho más seducido por el regeneracionismo que por el nuevo liberalismo que le proponía Maura. Tras la figura del rey soberano de Cánovas, había que crear la de un monarca parlamentario, respetuoso con las reglas del juego democrático. No se logró, y Alfonso XIII, sin tener en cuenta los mecanismos parla-

mentarios, se dejó llevar por la corriente de la opinión pública, que aparece con fuerza a partir de 1909, y más precisamente con el frente antimaurista.

En esta gran alianza está el tercer gran obstáculo a la democratización de la Restauración. Y es que los partidos y los grupos que la componían no demostraron una particular lealtad al régimen liberal. Ni los socialistas, encerrados en un obrerismo desconfiado del parlamentarismo, ni los republicanos, que preferían apelar al monarca antes que al sufragio (Lerroux hablaba de la «superstición democrática» de Maura), ni los nuevos republicanos posibilistas, agrupados a partir de 1912 en el Partido Reformista, juegan con claridad la carta de la democracia liberal.

En torno a los reformistas se agrupará buena parte de la nueva generación de intelectuales que en 1913 estuvieron a punto de denominarse «generación de 1898», por la supuesta influencia que sobre su educación sentimental e intelectual había supuesto aquella fecha *desastrosa* (10). Azorín rescataría la apelación para su propio grupo, y aquellos jóvenes serían clasificados como generación del 14. En cierto sentido, la del 14 complementa la del 98 y quiere cumplir la tarea de modernización política que la primera no realizó. Por modernización no entiende evolución desde dentro, sino ruptura y radicalismo. Por eso, de la «generación del 14» se excluyen todos aquellos (como Ossorio y Gallardo o Alcalá Zamora) que sí se mostraron leales con la Constitución liberal del 75 y creyeron en la virtualidad democrática del régimen.

No se trata de afirmar que los únicos responsables del derrumbamiento del liberalismo fueron los grupos políticos e intelectuales situados fuera o en el límite del sistema. Pero sí hay que subrayar que la historia oficial ha dado por buena una versión de los hechos que les exonera de cualquier responsabilidad. Hoy, un siglo después de aquel *desastre* que sólo lo fue retrospectivamente, conviene ver las cosas con un poco más de humildad: tal vez la actitud de los españoles de entonces, pacífica y realista, no fuera más que una protesta anticipada por todas las catástrofes que aquellos profetas del antiliberalismo iban a provocar en años venideros.

(10) V. Cacho Viu: «Ortega y el espíritu del 98», ed. cit.